





Napoleón
Bonaparte





Napoleón Bonaparte

André Castelot

Traducción de Marcela Solá

Castelot, André

Napoleón Bonaparte. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo, 2015.
656 p. ; 23x15 cm.

Traducido por: Marcela Solá
ISBN 978-950-02-0861-1

1. Bonaparte Napoleón. Biografía. I. Solá, Marcela, trad.
CDD 921

Napoleón Bonaparte

Título original: *Napoléon Bonaparte*

Copyright © Éditions Perrin, 1984, 1996

Traductora: Marcela Solá

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: mayo de 2004

2ª edición: octubre de 2015

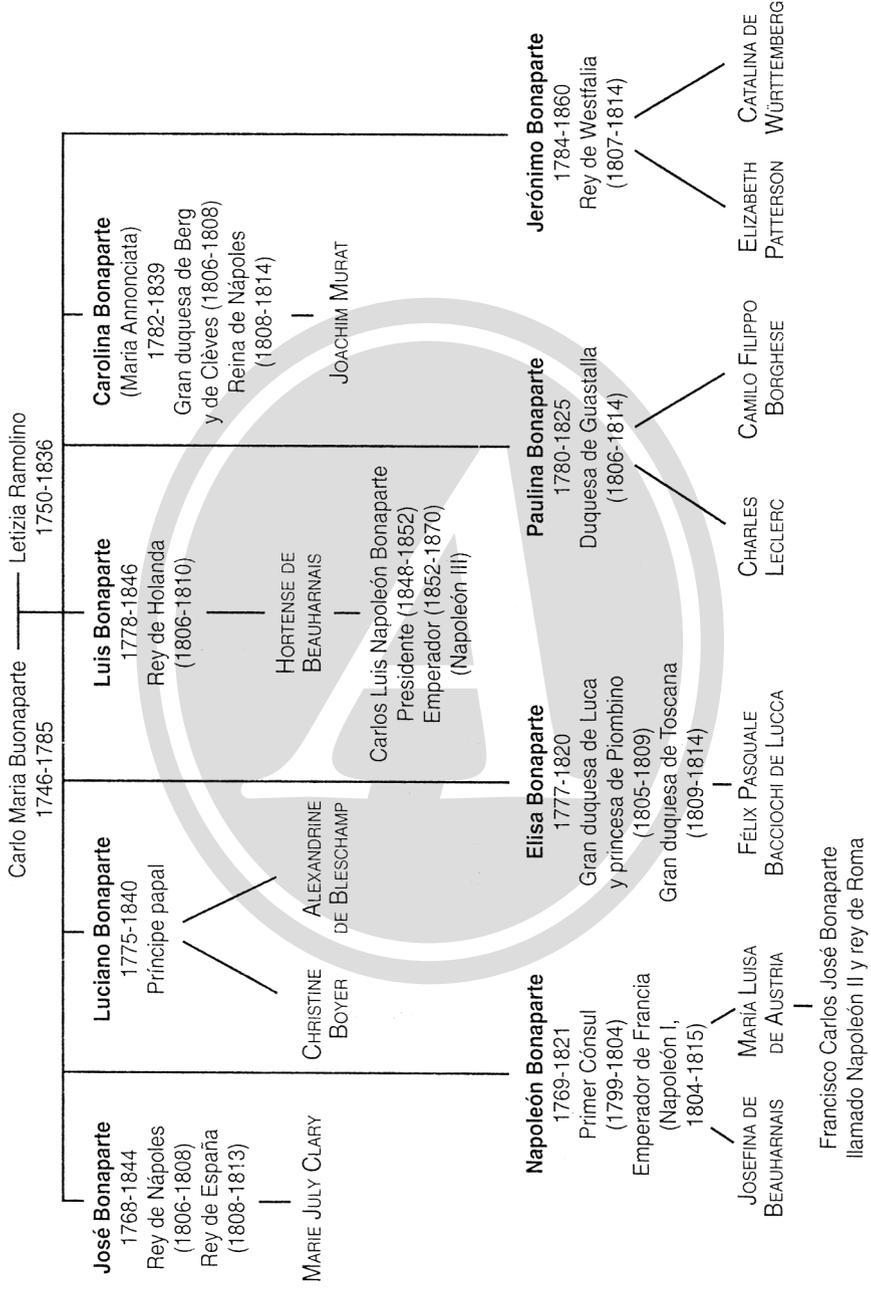
ISBN 978-950-02-0861-1

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en octubre de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

ÍNDICE

1. Nabulio	9
2. El capitán Cañón	37
3. La guerra y el amor	63
4. El sultán El Kebir	115
5. Brumario del año VIII	135
6. El Primer Cónsul	161
7. Marengo o la consagración del régimen	181
8. El emperador de la Revolución	237
9. La gloria de mi reino	299
10. La pendiente inexorable	355
11. El milagro de Wagram	377
12. ¡El porvenir es mío!	417
13. Moscú	441
14. La rapiña	467
15. La agonía de Fontainebleau	503
16. El reyezuelo de la isla de Elba	527
17. El fin del imperio	587
18. El drama de Santa Elena	611
<i>Fuentes</i>	651



1

Nabulio

*Es a mi madre a quien debo mi suerte
y todo lo que he hecho bien.*

NAPOLEÓN

El 9 de mayo de 1769, una joven de diecinueve años –“bella como un ángel”–, en medio de un centenar de patriotas corsos, caminaba sostenida por su marido, que la ayudaba a trepar mientras las piedras se deslizaban bajo sus pies, por los senderos del Monte Rotondo. Huía de las tropas francesas victoriosas y se la oía repetir:

–Será el vengador de Córcega.

Hablaba de su hijo. Ese hijo que todavía no había nacido –aunque la fugitiva no dudaba de que traería al mundo un varón–, ese hijo que, durante la terrible retirada, “se agitaba con violencia” dentro de ella.

El 15 de mayo del año anterior, Luis XV le había comprado a la República de Génova, por unos millones, los derechos sobre Córcega. El 15 de agosto –exactamente un año antes del nacimiento de Napoleón– el rey había proclamado la “unión” de la isla de Francia. Pero faltaba lo principal: conquistar la adquisición; porque los corsos –por cierto– no estaban de acuerdo. Como propiedad (en teoría) de los genoveses, eran casi libres del todo. Como súbditos del rey de Francia, sin que nadie les hubiera preguntado su opinión, les habían anudado una especie de soga al cuello...

El patriota Paoli –lo llamaban Babbo– había convocado a una asamblea de las comunas corsas en la ciudad de Corte y había lanzado una protesta solemne contra el desembarco de las tropas de Luis XV.

Declarada la guerra, el rey envió una expedición para tomar posesión de Córcega. Ésta había sido derrotada y los sobrevivientes, arrojados al mar. “¡Esta pequeña isla asombrará al mundo!”, exclamó Jean-Jacques Rousseau con admiración. Pero, el 9 de mayo, los patriotas corsos, comandados por Pasquale Paoli, sufrieron una derrota en Ponte-Nuovo. Luis XV había, en efecto, aplicado el “peso” necesario al despachar a la isla veintidós mil hombres comandados por el conde de Vaux. Sólo un centenar de vencidos habían podido huir del desastre, replegándose hacia el Monte Rotondo. Entre ellos se hallaba un pequeño terrateniente corso, Carlo Maria Buonaparte, y su esposa, Letizia Ramolino, de una familia de la pequeña nobleza, también de ascendencia italiana. Carlo Maria la había desposado el 2 de junio de 1764, cuando ella sólo tenía catorce años.

Ese día, 9 de mayo de 1769, la sujetaba con ternura, mientras ella repetía:

–¡Él será el vengador de Córcega!

Y la hermosa Letizia, “la pequeña maravilla” de perfil griego, subía las pendientes abruptas de la montaña sin quejarse... Dijo luego Napoleón:

–Las pérdidas, las privaciones y las fatigas, ella lo soportaba todo, hacía frente a todo. Era una cabeza de hombre en un cuerpo de mujer. Una mujer de las montañas de Córcega.

Bajo una violenta tormenta, a través de la montaña, el pequeño grupo de patriotas sufría y se agotaba. Finalmente, los fugitivos se escondieron en una gruta –existe todavía y aún se llama la Gruta de los Refugiados–. Es allí donde Carlo Maria Buonaparte recibió a los emisarios de paz del conde de Vaux. Toda resistencia era, a partir de entonces, inútil. Y un día, el Emperador dijo:

–Yo nací cuando mi patria moría.

Córcega aceptó a sus nuevos amos. Por eso Carlo Maria y Letizia dejaron de actuar como patriotas robinsonianos y regresaron a su gran casa de Ajaccio, una amplia mansión cubierta de revoque amarillo, situada en la *strada Malerba*, calle de la Mala Hierba, bien nombrada al parecer.

No era la primera vez que la pequeña Letizia traía un hijo al mundo. Antes de Giuseppe –el futuro rey José, nacido en 1768– dio a luz un niño, luego una niña, muertos ambos a corta edad. El 15 de agosto de 1769, Ajaccio, que sólo era un pequeño pueblo, celebraba a la vez la fiesta de la Virgen y, con un entusiasmo forzado, el primer aniversario del tratado que unía Córcega a Francia. En la catedral, en cuanto empezó la misa solemne, Letizia Buonaparte sintió los primeros dolores. Ayudada por su cuñada, Gertruda Paravicini, hermana de su esposo, la joven volvió rápidamente a su casa en la cercana calle Malerba. Al llegar –alrededor del mediodía– le faltó tiempo para subir a su cama de damasco rojo: se dirigió al salón y se tendió en un canapé tapizado en seda verde –o “morada”, los historiadores no se han puesto de acuerdo– para dar a luz casi de inmediato, con la ayuda de Gertruda, que ofició de partera, a un niño que nació “con buena estrella”, según dijo Napoleón.

Ese mismo día, en cuanto la fiesta de la Virgen lo permitió, el archidiácono Luciano mandó a la calle Malerba al abate Jean-Baptiste Diamante para bautizar, en la misma casa, al niño que acababa de nacer.

–¿Qué nombre le van a poner?

–Napoleón.

La madre –que pronunciaba “Napolioné”– explicó el motivo de esa extraña elección:

–Mi tío Napoleone murió unas semanas antes de Ponte-Nuovo, pero había venido a Corte para combatir. Le he dado ese nombre a mi segundo hijo en memoria de ese héroe.

Napoleón tenía razón cuando dijo:

–Ese nombre estaba dotado de una virtud viril, poética y redundante.

Sin embargo, durante sus primeros años, lo llamaron Nabulio o, pronunciado a la italiana, Nabulione. Sus allegados, debido al carácter peleador del niño, lo apodaban Rabulione, es decir, “el que se mete en todo”. A pesar del tamaño de su cabeza –era tan grande que el niño no podía mantener el equilibrio–, el bebé Napoleone era muy débil. Su rostro era alargado y sus labios, finos. La señora Letizia amamantaba al recién nacido pero contrató los servicios de una robusta campesina.

De los trece hijos que Letizia dio a luz en diecinueve años, ocho sobrevivieron; ocho niños que un día habrían de repartirse tronos y principados. Todos salvo Lucien –Luciano–, quien, nunca en buenas relaciones con su hermano, tendría que contentarse con el título de príncipe papal.

Para la ceremonia religiosa de purificación después del parto, la madre de Nabulio fue a la catedral donde casi había dado a luz a Napoleone, y ofrendó, como era costumbre, un cirio, una moneda y un pequeño pan.

Nabulio era un niño revoltoso. A su hijo, el futuro rey de Roma, le dijo:

–¡Perezoso, yo a tu edad ya le pegaba a José!

“Era peleador y travieso –confesó después–, nada me asustaba. No temía a nadie, le pegaba a uno y arañaba al otro. ¡Todos me temían!”

En esos años, nombraron a Carlo asesor de la jurisdicción real de Ajaccio. El sueldo que le asignaron era bastante reducido: novecientas libras. El padre de Napoleone, considerando que no era retribuido en su justo valor, a partir de ese momento centró todos sus esfuerzos en un punto fundamental: que el Reino se encargara de la educación gratuita de sus hijos –José y Napoleone– y que les otorgara una beca para sus estudios.

Para recibir ese favor, era necesario que justificara “cuatro grados de nobleza”. El padre del futuro emperador no tenía ninguna dificultad en reunir pruebas para demostrar que era un buen gentilhomme. El futuro rey de España –José– y el pequeño Napoleón partieron al colegio de Autun.

Cuanto más seducía a sus maestros y a sus nuevos camaradas la amabilidad de José, tanto más les sorprendía el aspecto descuidado y la tosquedad del “menor de los Buonaparte”. Su físico, su tez amarillenta y su acento los desconcertaba. Lo ridiculizaban, pero el niño no tardó en hacerse respetar. A uno de sus camaradas que se burlaba de los combatientes corsos, le gritó:

–Si los franceses hubieran sido cuatro contra uno, jamás hubieran vencido a Córcega, pero eran diez contra uno.

La palabra “desarraigo” carecía de peso para describir la perturbación del joven Nabulio, que aún no había cumplido siquiera diez años. ¡Todo era diferente de su isla! El clima, la comida, los hábitos, y sobre todo la lengua. Al llegar a Autun, no hablaba, por decirlo así, francés. Pero su profesor precisó que “tenía muchas aptitudes, comprendía y aprendía fácilmente”.

Durante ese tiempo, Carlo, en Versalles y en París, con una habilidad consumada, intrigaba a favor del “menor de los Buonaparte”. Como se deseaba complacer a la nobleza corsa aliada a Francia, muy pronto el hábil solicitante recibió la siguiente carta con fecha del 28 de marzo de 1779, firmada por el príncipe de Montbarrey, ministro de Guerra: “El intendente de Córcega, señor, tiene el deber de informarle que el rey ha tenido a bien aceptar a Napoleone de Buonaparte, su hijo, como alumno en las escuelas militares. S. M. acaba de dictaminar que debe ser admitido en la de Brienne”.

Una tarde del mes de mayo de 1779, el abate Hamey d'Auberive, gran vicario de monseñor, el obispo de Autun, empujó la pequeña reja rechinante de la modesta escuela militar de Brienne inaugurada sólo dos años antes. Delante de él se abrió –y aún lo hace– una minúscula avenida de ocho tilos que conducía al edificio principal, tilos cuyas ramas, por causa de la poda, se han vuelto con el tiempo nudosas y retorcidas. Empujó la puerta de madera de dos hojas y, después de atravesar un pasillo de baldosas, entró en una distinguida habitación iluminada por dos amplias ventanas: el locutorio, que todavía podemos ver hoy. Allí lo recibió el superior del establecimiento, el padre Leleu.

El sacerdote se apartó. Detrás de él, completamente intimidado, había un pequeño corso de diez años, hosco, enclenque y mal peinado.

–¿Cómo se llama usted?

–Napolioné de Buonaparté.

Así solía pronunciar su nombre el futuro emperador... Y luego, cuando el superior le dijo, según la costumbre: “¡Vaya a reunirse con sus pequeños camaradas!”, los pequeños camaradas se rieron a carcajadas frente al recién llegado:

—¿Napolioné? ¡La paja en la nariz! ¡La paja en la nariz!*

Se quedó con el sobrenombre.

Para los amantes del pasado, resulta emocionante pasear por la pequeña escuela de Brienne donde “el cadete segundo Buonaparte”, como firmaba entonces sus cartas, dejó de ser un niño.

—¿Quién es usted, señor, para responderme así? —le dijo el año siguiente uno de sus profesores cuando lo vio rebelarse contra una reprimenda que consideraba injusta.

—¿Quién soy? —respondió—. ¡Un hombre!

El joven Napoleone ingresó en el séptimo grado. El ambiente lo desconcertaba y siempre tenía la sensación de ser un extraño. Sus condiscípulos pertenecían a la nobleza del reino, y eran aun más rápidos que los pequeños burgueses de Autun en burlarse y reírse a carcajadas de ese niño solitario y silencioso.

Era, con seguridad, el alumno más orgulloso de la escuela, tal vez porque sus camaradas, cuyos padres ostentaban títulos pomposos, miraban con condescendencia al hijo de un pequeño hidalgo corso. Al intentar castigarlo por no se sabe qué falta, el profesor a cargo condenó al niño a ponerse un sayal —castigo en vigor en la escuela— y a cenar de rodillas en la puerta del comedor. Ante la vista de todos, Napoleone entró en la habitación. Estaba pálido, tenso y crispado, con la mirada fija.

—¡De rodillas, señor!

En ese momento fue presa “de un vómito súbito y un violento ataque de nervios”. Golpeó el suelo con los pies y gritó:

—Cenaré de pie, señor, y no de rodillas. ¡En mi familia sólo nos arrodillamos ante Dios!

Como el inspector no le hizo caso y trató de utilizar la fuerza, Napoleone se arrojó al suelo, sollozando y gritando:

—¿No es cierto, mamá? ¡Sólo ante Dios! ¡Sólo ante Dios!

Fue necesaria la presencia del superior para poner fin a la escena y arrancar al cadete del suplicio.

El cadete se vengó durante un invierno particularmente riguroso.

* Juego fonético entre “Napolioné” y “la paille au nez”, imposible de traducir.

Una espesa capa de nieve cubría el patio de recreo e impedía incluso jugar. Los alumnos tenían que contentarse con dar vueltas por una de las habitaciones de la escuela. Un día Napoleone les explicó a sus camaradas “que podrían divertirse mucho más si con sus palas abrían en el patio diferentes pasajes en medio de la nieve, hacían fortificaciones, cavaban trincheras y construían parapetos”.

–En cuanto quede terminado el primer trabajo –dijo–, podremos dividirnos en pelotones, hacer una suerte de sitio y, como inventor de esta nueva diversión, yo me encargaré de dirigir los ataques.

“La alegre tropa recibió con entusiasmo el proyecto –contó después uno de los alumnos–, y fue llevado a cabo. La pequeña guerra simulada duró quince días: sólo concluyó cuando se mezclaron muchas piedrecillas o guijarros con la nieve, que nos servían para hacer bolas, y resultaron gravemente heridos varios de los pensionistas, ya fueran sitiadores o sitiados. Recuerdo, incluso, que fui uno de los alumnos más lastimados por esa metralla”.

El más caro deseo de Nabulio era aprender el francés correctamente para que cesaran las burlas dirigidas a él. En poco tiempo su profesor –el subdirector Dupuis– hizo considerables progresos, salvo en ortografía. Es cierto que resultaba muy difícil advertirlo, ya que la escritura del cadete segundo fue, desde un principio, perfectamente ilegible. “Sus maestros no podían descifrar su escritura –contaba su camarada Des Mazis–, y a él mismo le resultaba difícil descifrar su letra. Su escritura –descuido convertido en hábito– será, por otra parte, cada vez más ininteligible.”

Mucho más tarde, durante el Imperio, un hombre ya de edad se presentó en Saint-Cloud y logró obtener una audiencia personal. Napoleón no le dio tiempo a abrir la boca, y lo apabulló con preguntas:

–¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿Qué desea?

–Señor –tartamudeó el visitante–, Señor, soy yo, sí, soy yo, el que tuvo el honor de impartir a Su Majestad, en Brienne, lecciones de escritura durante quince años...

El Emperador lo interrumpió y se echó a reír:

–¡Ah!, ¿es usted? ¡Es usted! Y bien, no hay de qué sentirse orgulloso... ¡Menudo alumno el que ha educado!... ¡Lo felicito!

Eso no le impidió acordarle una pensión de mil doscientos francos al desdichado profesor.

En Brienne, Napoleone le ponía mala cara al latín e incluso emprendía las traducciones y los temas “con repugnancia y disgusto”. En cambio, sus dones para la matemática se afianzaban. “Era para mí, sin duda –dijo su condiscípulo Bourrienne–, el mejor de toda la escuela. A veces intercambiaba con él la solución de los problemas que nos daban a resolver, y que él encontraba de inmediato con una facilidad que siempre me asombraba...”

Devoraba todos los libros de la biblioteca y trabajaba con tanta dedicación –pasaba a veces las noches “meditando sobre las lecciones del día”– que empezó a adelgazar. Tenía un aspecto horrible, tan horrible que la señora Letizia, cuando fue en 1782 a los baños de Bourbon y se detuvo en Brienne para ver a su hijo, apenas lo reconoció.

–Mi naturaleza –explicó él– no podía soportar la idea de no ser, desde el principio, el mejor de la clase.

Se aproximaba el examen final. ¿Se encontraría a Napoleone apto para entrar en la Escuela Militar de París? El antiguo inspector de la Escuela –el mariscal de campo caballero de Keralio– ya había emitido su juicio en estos términos: “El señor Buonaparte (Napoleone), nacido el 15 de agosto de 1769, de cuatro pies, diez pulgadas, diez líneas (1,66 m) ha terminado el tercer año de bachillerato. Buena constitución, excelente salud, carácter sumiso. Honesto y capaz de dar muestras de gratitud, su conducta es muy regular. Se ha distinguido siempre por su dedicación a la matemática. Sabe lo suficiente de historia y geografía. Es muy flojo en los ejercicios de urbanidad. Será un excelente marino”. Otro examinador, al parecer más perspicaz, precisó: “carácter dominante, imperioso y terco”.

El 22 de septiembre llegó a Briennes el inspector Reynaud des Monts. Después de interrogar a los alumnos, consideró que el cadete Buonaparte poseía las cualidades necesarias para entrar en la Escuela Real de París, escuela creada por Luis XV a pedido de la bella marquesa de Pompadour. Napoleone –acababa de cumplir quince años– no cabía en sí de gozo.

El 17 de octubre de 1784, “el señor Napoleone de Buonaparte, gentilhombre, hijo del noble Carlo Maria de Buonaparte”, dejó Brienne en una diligencia con los cuatro camaradas que habían sido aprobados como él. El padre Berton los acompañaba. Dos días después, el 19 de octubre, el pequeño grupo se embarcó en el puerto de Nogent-sur-Seine. El padre y sus alumnos llegaron a la capital en barco, por una suma de nueve libras y siete sueldos –antiguas monedas de cobre– por persona. Los parisinos llamaban el *Corbeillard* a ese barco de pasajeros, porque Corbeil era la última escala. El pesado barco tirado por cuatro caballos indolentes avanzaba con una lentitud tan majestuosa que, de modo muy natural, le dio su nombre a la carroza fúnebre (*corbillard*).

El 21 de octubre, el *Corbeillard* atracó en París hacia las cinco de la tarde. De la “casa flotante”, unida al muelle por dos tablones puestos uno detrás del otro, que servían de pasarela, desembarcaron el religioso franciscano y los cinco jóvenes alumnos de Brienne. Comieron en una fonda de la Rue Deux-Ponts, *Au Coq Hardi*. De allí el pequeño grupo siguió por los muelles. Napoleone adquirió *Gil Blas* en una pequeña librería de viejo, y uno de sus compañeros pagó la compra. Luego de una breve plegaria en la iglesia de Saint-Germain-des-Près se hizo de noche y el padre Berton emprendió el camino de Champ-de-Mars. Con el corazón palpitante, el señor cadete segundo descubrió París.

Napoleón dijo en Santa Elena: “La primera noche fue dura. El estilo era diferente. Las clases eran dictadas por cuatro oficiales de San Luis y ocho sargentos que tenían un mando decidido y tono militar”.

Uno de los veteranos, de nombre Champeaux –que murió años después a causa de las heridas recibidas en Marengo–, era el encargado de enseñar el manejo de las armas a los jóvenes camaradas. En ese terreno Buonaparte era un pésimo soldado: resultaba obvio que pensaba en otra cosa. Champeaux, un día en que su alumno dio muestras de una distracción excesiva, golpeó los nudillos del futuro emperador con la baqueta del fusil. Debió dar un salto hacia atrás, pues Napoleone le arrojó el fusil por la cabeza, y en vez de enviar al joven al

calabozo para disciplinarlo, el capitán instructor se contentó con pedirle a uno de los alumnos, Antoine des Mazis, que tratara de civilizar a “ese peligroso isleño”. De esa manera comenzó la amistad entre ambos. En realidad, los dos jóvenes se entretenían mucho más intercambiando sus fantasías que descubriendo los ocultos encantos del manejo de las armas... Por eso, en los días de ejercicios colectivos, cuando el jefe del batallón –el señor de Lannoy– daba la orden de “descansen armas”, se solía ver en la segunda fila un único fusil ridículamente alzado.

¡Era Napoleone de Buonaparte que soñaba!

Des Mazis, a su derecha, se apresuraba a codear al distraído... El fusil rebelde caía al suelo con un ruido seco, aislado y poco militar, que sacaba de quicio al señor de Lannoy...

–¡Señor Buonaparte! –gritaba el desdichado instructor–. ¡Despiérete! ¡Usted siempre echa a perder el ejercicio!

El nuevo alumno lucía entonces el vistoso uniforme de la escuela: saco azul con cuello rojo, forro blanco y galones de plata, chaleco y pantalón en sarga azul. La vestimenta se completaba con un par de guantes (o tres pares para los que montaban a caballo) y un tricornio con bordados en plata o ribeteado con piel de cabra.

Bueno en matemática, regular en historia, no era mejor conceptualizado que en Brienne.

–Me pusieron de inmediato en la clase de artillería; obtuve el penúltimo puesto cuando me recibí –confesó más tarde.

Sin duda alguna, Buonaparte era poco estimado y se repetían en París las mismas escenas vividas en Brienne. El isleño, hosco y poco sociable, censuraba y condenaba todo con su acento áspero y su “tono cortante”. Sus profesores se sentían desanimados y lo consideraban “un joven humorista”. Su manera de hablar de Córcega les disgustaba. Uno de ellos –el señor Valfort– le dijo un día severamente:

–Señor, usted es un alumno del Rey. Debe recordarlo y moderar su amor por Córcega, que, después de todo, es parte de Francia!

Muy sensible a las bromas de sus camaradas, se sentía a menudo humillado y herido; y se imaginaba la situación peor de lo que era en realidad. Ante la menor sonrisa un poco burlona, el joven Buonaparte se abalanzaba con los puños en alto.

–¡Cuántas palizas di en ese entonces! –contará más tarde.

¡Y las palizas del “pequeño gentilhombre”, “becario del rey”, se dirigían a los Rohan, Broglie o Montmorency-Lavall! Es imposible olvidar la ocasión en que, por primera vez en las Tullerías, los nuevos chambelanes imperiales fueron presentados a Napoleón. ¡Había allí un Ségur, un Noailles, un Gontaut, un Béarn, un Turenne, un Contades! El mariscal del palacio pidió al Emperador que tuviera a bien designar a quienes debían comenzar el servicio:

–¡Me da lo mismo!

–Sin embargo, señor...

–Y bien –decidió Napoleón, mirando al grupo como si se tratara de elegir caballos de remonta–, tome al rubio y al de cabello enrulado...

Los días de salida, Buonaparte se alojaba en casa de los Permon, amigos de la familia que se ocupaban del alumno durante los permisos, y vivían en Sillery 13, Place de Conti. Según la tradición, el cadete Buonaparte dormía en el desván situado en el tercer piso, cuya ventana daba a la esquina de la plaza y a la calle sin salida, Conti. Así conoció al futuro emperador la hija menor de la señora Permon, Laure, que un día sería la señora de Junot, y luego duquesa de Abrantès. “Lo que Napoleón tenía de encantador cuando se transformó en un adolescente –escribió ella– era su mirada, y sobre todo la expresión dulce que adquiría en un momento de amabilidad. A decir verdad, la furia era atemorizante, y, por valiente que yo fuese, nunca miré ese rostro admirable ni durante el enojo ni cuando estaba animado sin experimentar un escalofrío. Así como su sonrisa era cautivante, el movimiento desdeñoso de su boca hacía temblar de miedo. Pero todo eso, la frente que debía llevar las coronas de un imperio, esas manos que habrían enorgullecido a la más coqueta de las mujeres y cuya piel blanca y suave recubría músculos de acero y huesos de diamante, nada de eso se distinguía en el niño y sólo se podía presentir en el joven adolescente.”

El 23 de marzo de 1785, Buonaparte se enteró de la muerte de su padre, ocurrida un mes antes, el 24 de febrero, en Montpellier. Según la costumbre, uno de los confesores de la escuela deseaba llevar a Napoleone a la enfermería para que pudiera estar solo “en esos primeros momentos de dolor”. Él se negó y declaró, hosco:

–Tengo suficiente valor para soportar esta pena sin que tenga que tomarse el trabajo de consolarme.

Sin embargo, estaba profundamente dolido y se sentía atormentado por el hecho de que su padre hubiera muerto “a cien leguas de su país, en una región extranjera, indiferente a su vida, alejada de lo que le era más caro...”. Esperó casi una semana para escribirle a su madre en estos términos: “Hoy, cuando el tiempo ya ha calmado un poco los primeros arrebatos de dolor, me apresuro a manifestarle la gratitud que me inspiran las bondades que ha tenido siempre para con nosotros”.

Como jefe de familia –en realidad era a José a quien correspondía ese puesto– ordenó: “Consuélese, querida madre, las circunstancias lo exigen. Redoblabamos nuestros cuidados y nuestro agradecimiento, y seremos felices si nos resulta posible, con nuestra obediencia, compensar un poco la inestimable pérdida de un esposo amado. Terminó, querida madre, mi dolor me lo ordena, rogándole que calme el suyo”.

A comienzos de ese año, se les anunció a los futuros aspirantes que no habría, en 1785, examen de ingreso a la marina. ¿Permanecer doce meses más en la escuela real, cuando sólo pensaba en volver a Ajaccio? Buonaparte se negó. Y, al igual que la mayoría de sus camaradas afectados por esa supresión, Napoleone, siempre uno de los mejores en la clase de matemática, eligió el cuerpo de artillería.

En el mes de septiembre comenzó el examen de grado, en el que participaron los alumnos de todas las escuelas reales de Francia. Uno de los dos profesores de matemática escribió: “Napoleone Buonaparte. Reservado y trabajador, prefiere el estudio a todo tipo de diversión, se complace en la lectura de buenos autores; muy aplicado en las ciencias abstractas; poco curioso para las otras; conoce a fondo las matemáticas y la geografía; silencioso, ama la soledad, caprichoso, altanero, extremadamente inclinado al egoísmo, de poco hablar, es ambicioso y aspira a todo; el joven es digno de que se lo admita”. Por su parte, el señor De l’Aiguille escribió estas líneas proféticas: “Curso de nacimiento y carácter, este joven llegará lejos si las circunstancias lo favorecen”.

El 28 de septiembre se publicaron las promociones. Napoleone estaba loco de alegría; se había recibido en el puesto cuarenta y dos entre cincuenta y seis promovidos a subtenientes.

Napoleone dirá más tarde:

–Fui oficial a la edad de dieciséis años y quince días.

Su despacho –firmado por Luis XVI en Saint-Cloud– había sido antedatado, en efecto, y lleva la fecha del 1º de septiembre. Al mes siguiente, el subteniente Buonaparte fue destinado junto con su amigo Des Mazis al regimiento de La Fère, cuya guarnición estaba en Valence.

El domingo 30 de octubre, la niebla y luego gruesos nubarrones cubrieron el cielo –como lo indican los archivos del Observatorio–, pero a las once de la noche, bajo un clima maravilloso con un cielo muy despejado, Buonaparte y Alexandre des Mazis dejaron el Champ-de-Mars escoltados por un suboficial. Se presentaron en la oficina de transportes, donde cenaron y pasaron la noche a expensas de la escuela. Al día siguiente, a las cinco de la mañana –hacía buen tiempo pero comenzaban a aparecer nubes provenientes del sudeste– los dos jóvenes oficiales subieron a la diligencia que los condujo primero a Sens, donde tendría lugar la inscripción, y luego, a través de Auxerre y Autun, hasta Chalon-sur-Saône, donde tomaron el barco tirado por caballos que los llevaría a Lyon.

En Fontainebleau comieron solos por primera vez. Sin duda apuraron la cena para echar un vistazo al castillo real. “Algunos años más tarde, el pobre cadete que contemplaba ese día, con la nariz pegada a las rejas, las antiguas fachadas del palacio, será el dueño de esos esplendores y recibirá en su mesa al Papa intimidado...”

Poco después de Fontainebleau, cuando la pesada diligencia debía remontar una cuesta a paso lento, los dos jóvenes descendieron del coche. Entonces Des Mazis vio que su acompañante empezaba a correr como un loco, saltaba y gesticulaba, mientras gritaba:

–¡Al fin soy libre! ¡Soy libre!

El 5 de noviembre, en Lyon, Buonaparte y Des Mazis perdieron el barco-posta de Valence. Mientras esperaban la próxima salida, entraron en una librería de viejo y gastaron sin vacilar lo que les quedaba de las ciento cincuenta y siete libras que le habían dado a cada uno a

la salida de la escuela. De no haber sido por la ayuda de un oficial de artillería que había viajado con ellos desde París, y que les prestó el dinero, los dos muchachos inconscientes habrían continuado su viaje a pie.

Al día siguiente, los subtenientes abandonaron Lyon al alba en el barco-posta y llegaron esa misma noche a Valence. Después de presentarse ante su coronel –el señor De Lance– fueron a ver al secretario del Tribunal de Primera Instancia de la municipalidad, quien les entregó la siguiente orden de alojamiento:

“A la señorita Claudine-Marie Bou,
”esquina de la Grand-Rue y de la de Croissant,
”en Valence (en Dauphiné).
”En nombre del Rey:

“Se le ordena a Mademoiselle Claudine-Marie Bou, propietaria del Café-Cercle, que aloje una noche a dos subtenientes del regimiento real de artillería de La Fère, y les proporcione lo que necesiten”.

La señorita Bou –una solterona cercana a los cincuenta– fabricó durante largo tiempo botones de pelo de cabra antes de atender con su padre el Café-Cercle, es decir, un café literario.

El imberbe y flacucho oficial de voz sorda y profunda, de largos cabellos lacios, la conquistó. Se entendió muy bien con ella y alquiló, por ocho libras y ocho sueldos al mes, una pequeña habitación situada en el segundo piso, cuya ventana daba a la Grand-Rue. Justo enfrente se hallaba la famosa Maison des Têtes, construida durante el Renacimiento y que aún existe. Allí se encontraba el librero de nombre predestinado, Pierre-Marc Aurel, donde Bonaparte se atiborraba de obras de Rousseau.

–¡Ah, Rousseau! –exclamaba–. ¡Por qué tuviste que vivir sesenta años solamente! En honor a la verdad, deberías de haber sido inmortal.

Más tarde, cambiaría de opinión.

La señorita Bou se ocupaba de la ropa interior del joven oficial, pero era en el hotel vecino –el Trois Pigeons– donde cenaba con Des Mazis. A pesar de la buena comida que se le servía, masticaba rápidamente, casi no le dirigía la palabra a sus vecinos, despreciaba las charlas de sobremesa y tenía apuro en volver a su habitación para enfrascarse en sus libros.

Aunque salió de la escuela militar como subteniente, Napoleón tuvo antes que ascender lo que se llamaba los “tres grados”: los de artillero, cabo y sargento. Pero sólo necesitó dos meses y cinco días para considerarse “instruido en las materias de su servicio y digno de recibir el grado de oficial”. Por fin pudo lucir el uniforme de artillero de La Fère, “el más bello del mundo”, dijo más tarde. El uniforme es azul, con el cuello vuelto, forrado de rojo, el pantalón también azul, las charreteras ribeteadas de oro y seda. Con esta vestimenta, a veces lo invitaban algunas familias nobles de la ciudad. Napoleón le contó a Las Cases: asistía, entre otros, a la casa de la señora Du Colombier.

Si le gustaba “frecuentar” la casa de la señora Du Colombier se debía a que allí se encontraba con la hija de su anfitriona, la lozana y bonita Carolina, a quien Napoleón cortejaba. Las atenciones no pasaron de las primeras etapas del repertorio amoroso... “No se podía ser más inocentes que nosotros”, precisó el Emperador. “Concertábamos pequeños encuentros. Resulta apenas creíble, pero toda nuestra felicidad se redujo a comer cerezas juntos.”

Después de la señorita Du Colombier, fue el rostro vivaz de la señorita De Saint-Germain el que atrajo a Buonaparte. El recaudador de impuestos Joseph de Saint-Germain había sido engañado magníficamente. Su esposa, en efecto, había aceptado emocionada las atenciones del rey Luis XV, y nació una hija: Louise-Marie-Adélaïde, la misma de quien Napoleone se había enamorado. Pidió su mano al señor De Saint-Germain, quien se la negó, pensando seguramente en que ese joven teniente de artillería carecía de porvenir. Y fue así como el futuro emperador no se convirtió por poco, y por lo bajo, en yerno de Luis XV... En cuanto a Louise-Adélaïde, se casó luego con el conde de Montalivet, a quien el Emperador nombrará ministro del Interior.

En su pequeña habitación del Café-Cercle, escribió una “Carta sobre Córcega”. Todavía no había comenzado a amar a Francia y compuso estas sobrias líneas: “Franceses, no contentos con habernos arrebatado todo lo que amamos, han alterado además nuestras costumbres. El panorama actual de mi patria y la impotencia para cambiarlo es por lo tanto una nueva razón para huir de esta tierra, don-

de estoy obligado, por deber, a alabar a hombres que, por honestidad, debo odiar”.

En Francia –confesó– se sentía un desarraigado, y algunas noches en que la melancolía y las ideas de muerte lo angustiaban y le oprimían el corazón, pensaba con nostalgia en la isla hacia la que volaban siempre sus pensamientos.

Al fin una luz de esperanza: el 12 de agosto de 1786 obtuvo su licencia semestral, que decidió pasar en Córcega. ¡Esa Córcega que había dejado cuando tenía nueve años! ¡Iba a cumplir diecisiete! Finalmente, después de casi más de siete años de ausencia, vio de nuevo la ciudad luminosa bajo el sol, escalonada a orillas de su golfo azul y en el centro de la cumbre de sus montañas.

¡Qué alegría la de Letizia, estrechar en sus brazos al querido “pequeño Nabulío” vestido en su bello traje azul forrado en rojo! Era el primer corso convertido en oficial del rey. Conoció a los niños nacidos durante su larga ausencia: Paolina o Paoletta –la futura princesa Paulina–, Maria Annonciata –después Carolina, reina de Nápoles–, y Girolamo –Jerónimo–, que sólo tenía dos años y llegó a ser rey de Westfalia.

Descubrió que su familia era tan francófoba como él, y todo el clan compartía un verdadero odio contra la “ocupación francesa”.

Entretanto, la casa de la calle Malerba se debatía en una pobreza cercana a la miseria. Después de su muerte, las empresas de Carlo sólo habían dejado deudas. Letizia puso en manos del “cadete segundo” la defensa de los intereses de la familia.

El intendente de Córcega, cuando se le hablaba de pagar indemnizaciones, oponía la fuerza de la inercia. Sin duda, era a Versalles o a París adonde había que dirigirse. Por eso, el 12 de septiembre de 1787, luego de un año de estadía en Córcega, Napoleone dejó Ajaccio. Vagó por el camino, pues llegó a París el 9 de noviembre y se alojó en el Hotel de Cherbourg, Rue du Four Saint-Honoré. El hotel era administrado por el señor Védrine, que le adjudicó al oficial la habitación nº 9, situada en el tercer piso. La casa había sido demolida, pero pudo subir la escalera que estaba alumbrada “pobremente por un pozo de ai-

re excavado entre cuatro murallas negras, al que daban las estrechas ventanas”.

En esa época, el joven subteniente de rostro lampiño, surcado por arrugas prematuras, que vestía un traje demasiado grande para el cuerpo enflaquecido, solía dirigirse a las horas de las comidas al bodegón de la Rue Valois, cuyo letrero decía “Aux Trois Bornes”, a menos que hubiese cenado, por cinco o seis centavos la porción, en otra taberna situada en el pasaje Petits-Pères. Incómodo por lo módico de la cuenta, envolvía las monedas en el “menú pago” del restaurante y las llevaba él mismo a la caja sin pronunciar una sola palabra.

Al caer la noche, para distraerse, el joven teniente salía a veces a caminar por los jardines del Palais-Royal, que se hallaban muy cerca. Una noche, el jueves 22 de noviembre, bajo las arcadas brillantes, se encontró con la joven que sería su iniciadora...

Apuesto a que la joven, cuando entró en la habitación número 9 del Hotel de Cherbourg y, según la costumbre, le preguntó a su cliente cómo se llamaba, se sintió bastante asombrada al oír la respuesta: Napoleone.

Luego de veinte meses de licencia prolongada, el teniente Buonaparte se unió al regimiento de La Fère, cuya guarnición se encontraba en la plaza fuerte de Auxonne. El subteniente estaba más pobre que nunca porque trataba de enviar a su madre algunos luises por mes. Para ahorrar, alquiló la habitación más modesta que pudo hallar en el pabellón sur, donde se alojaban los oficiales subalternos. Luego de la habitación número 16, escalera 1, ocupó la habitación número 10, escalera 3, amueblada con una “cama con columnas, jergón y rieles de cortinas”, algunas sillas de paja, un viejo sillón y una pequeña mesa. Sólo tenía dos toallas y un par de sábanas. En la actualidad, las cuatro paredes de la habitación han sido declaradas “monumento histórico”.

Pagar la cena que compartía con Des Mazis en la fonda de Dumont planteaba siempre la misma dificultad. Se servía a las tres de la tarde. Sentarse a una mesa a hora fija, elegir los platos y, sobre todo, dedicar más de diez minutos a una comida, era pedirle demasiado a Buonaparte. Con frecuencia, sin dinero en los bolsillos, se

contentaba, por algunas monedas, con “polenta” –maíz cocido– que le preparaba una campesina del lugar. Por la mañana, le bastaba un pedazo de pan.

Empleaba todas sus horas libres en trabajar sin descanso, ansioso por recuperar los numerosos meses de licencia. Fuera de su tarea militar y de los trabajos técnicos que llevaba más allá de lo exigido, llenaba sus momentos libres escribiendo la *Historia de Córcega* y una “Disertación” sobre la autoridad real, donde es posible leer la siguiente frase, que no carece de ironía cuando se sabe lo que siguió: “Son pocos los reyes que no hubieran merecido el derrocamiento”.

Se posee de él, además, un *Diálogo sobre el amor*, sentimiento que consideraba “nocivo para la sociedad”. En algunos meses devoró, comentando y analizando, más de treinta volúmenes. Obras de historia antigua y clásica, tratados de economía o de política, que tomaba prestados o –día glorioso– que a veces podía comprar. La estadía en Auxonne tuvo para su formación, gustos e ideas, una importancia considerable. “¡Para no desentonar con mis camaradas –dijo–, vivía como un ermitaño! Siempre solo en mi pequeña habitación con mis libros, mis únicos amigos... Cuando, a fuerza de abstinencia, había atesorado dos escudos de seis libras, me encaminaba con una alegría infantil hacia el negocio de un librero que estaba cerca del obispado. A menudo, iba a visitar los estantes presa del pecado de envidia. *Codiciaba* largo tiempo antes de que mi bolsa me permitiera comprar. Tales eran las alegrías y los libertinajes de mi juventud.”

En esos momentos, las nuevas teorías tácticas del conde de Guilbert –rapidez, tomar al enemigo por sorpresa, superioridad numérica en un punto previsto– habían revolucionado el arte militar, lo cual seducía a Buonaparte y llegaría a tener, en la estrategia imperial, una influencia decisiva.

El papel reservado a la artillería se volvió primordial y tuvo una completa evolución. Por eso, el mariscal de campo, comandante de la Escuela de Artillería y de la plaza de Auxonne, Jean-Pierre du Teil, asombrado por la inteligencia del teniente Buonaparte, lo nombró miembro de una comisión encargada de estudiar “el disparo de bombas con cañón”. Napoleone era el más joven y el único subteniente que

participaba en la comisión. El profesor de matemática de la Escuela de Artillería de Auxonne estaba maravillado por el conocimiento del pequeño oficial flacucho que no había cumplido aún veinte años. Sin duda, los planes no habían sido ideados por él. “No entendía nada”, confió luego Des Mazis. “Un sargento los ejecutaba. Él los firmaba. Protestaba que no podía someterse a redactar notas ni a escribir bien.” Pero los informes eran enteramente de su puño y letra, y Du Teil, luego de leerlos, exclamó:

–¡Decididamente, este oficial llegará a ocupar uno de los primeros puestos del cuerpo real de artillería!

La consideración de la que era objeto trascendía los muros del cuartel. Su mucama, el 1º de enero de 1789, “le deseó que un día llegara a general”. Y Buonaparte respondió, suspirando:

–¿General? ¡General! ¡Ah!, mi estimada Teresa, me daría por satisfecho con llegar al grado de comandante. No pediría más.

Du Teil muy pronto puso doscientos hombres bajo sus órdenes y le encargó la construcción en el polígono de “varias obras que exigían grandes cálculos”. “Esta señal inaudita de preferencia”, relató con orgullo Buonaparte a su tío Fesch, “ha puesto contra mí a los capitanes que pretenden que encargar a un teniente una tarea tan esencial los perjudica... Mis camaradas también muestran un poco de celos, pero todo eso se borra”.

Más tarde –mucho más tarde– en su lecho de muerte, escribió en el cuarto codicilo de su testamento: “Al hijo o al nieto del barón du Teil, teniente general de Artillería, antiguo señor de Saint-André, quien, antes de la Revolución había comandado la escuela de Auxonne, legamos la suma de cien mil francos, en reconocimiento por los cuidados que el buen general nos prodigó cuando estábamos bajo sus órdenes”.

En París, la Revolución, al tomar la Bastilla, comenzó a prepararle el camino al futuro emperador. “La igualdad que debía elevarme me sedujo”, dijo más tarde... pero esa libertad sólo le parecía atractiva en el caso de que pudiera ser puesta al servicio de su país “ocupado” por los franceses.

En esos momentos –escribió el 15 de julio al archidiácono Lu-

cien-, las noticias que recibía de París le parecían “asombrosas y hechas singularmente para alarmar”. Condenaba la anarquía. Como soldado disciplinado, no admitía la insurrección, sobre todo cuando se producía en el ejército.

Si bien no apreciaba los motines y aprobaba las represiones, no por eso dejó de aplaudir la transformación de los estados generales en Asamblea Nacional. No pudo ocultar su alegría al enterarse de las decisiones tomadas en el transcurso de la delirante noche del 4 de agosto: la abolición de los privilegios que, al mismo tiempo, anulaba el decreto emitido por el ministro de Guerra en 1780, decreto que prohibía a los plebeyos la carrera de las armas, y limitaba a “los pequeños nobles” a los cuadros inferiores. Todas las esperanzas, por lo tanto, le estaban permitidas al “pequeño noble”. Sólo tenía a Córcega en mente y, cuando pudo tomarse la segunda licencia del semestre, anunció su partida para Ajaccio. Permaneció allí hasta el mes de enero de 1791. La licencia del subteniente Buonaparte llegó a su fin luego de un trimestre y debió volver a su guarnición si no deseaba ser declarado desertor –o emigrado-. Con el propósito de ayudar a la señora Letizia, viajó con su joven hermano Luigi, Luis, de doce años y medio de edad. Luis –por otra parte, sin entusiasmo- estaba destinado a la carrera de las armas y Napoleone había decidido encargarse de su cuidado y su instrucción.

La economía era imperiosa para el joven oficial: la carga de Luis era pesada. Más que nunca, se vio obligado a eliminar todo lo superfluo de su vida y a restringir aun más su alimentación. Por la noche, daba como pretexto los cuidados y las lecciones que debía impartirle a su hermano para evitar los gastos de las salidas y, nuevamente, “se encerraba en su pobreza”... De a dos, debían vivir con tres francos cinco céntimos por día. A veces les sucedía que podían comer en alguna fonda, pero, más a menudo, comían en sus habitaciones. Napoleone ponía él mismo la cacerola al fuego y la vigilaba mientras trabajaba.

En el pequeño museo napoleónico de Auxonne hay una medalla de marfil: en ella puede verse un nombre grabado torpemente, el de Manesca Pillet. Es el nombre de una joven que agradó al señor subteniente... Pidió su mano, pero se le hizo comprender que Manesca es-

peraba algo mejor. Según se dice, Buonaparte experimentó una profunda tristeza.

–El amor me hace perder la cabeza –suspiró–, jamás la volveré a ver. Uno no se cura de ese mal...

A partir de principios de abril de 1791, dos nuevos reglamentos rigieron al ejército. El regimiento de La Fère sólo llevaba un número. Se había transformado en el 1^{er} Regimiento de Artillería, pero Buonaparte tendría que dejarlo. Fue destinado –el 1^o de junio– al 4^o Regimiento de Artillería acantonado, a su vez, en Valence. Recibió el grado de primer teniente y un sueldo de cien libras en vez de noventa y tres. Dos semanas más tarde retomó –esta vez con Luis– el camino del valle del Ródano.

En Valence, el “primer teniente” volvió a encontrar con alegría la hospitalidad de la señorita Bou, que iba a aliviar al joven oficial de sus cargas domésticas para con Luis. Mientras Buonaparte se reunía con sus camaradas y cenaba con ellos en el Trois Pigeons, de la Rue Perollerie, la señorita Bou servía al futuro rey de Holanda en la antecocina del café.

Acontecimiento importante en la vida del futuro jefe de Estado: el 14 de julio de 1791, en el Champ-de-Mars de Auxonne, prestó juramento cívico “a la Nación, a la Ley y al Rey”. Ya no dudaba en abrazar la causa de la Revolución. “Hasta ese momento”, confesó, “si hubiera recibido la orden de apuntar mis cañones contra el pueblo, no dudo que la costumbre, el prejuicio, la educación, el nombre del Rey, me hubieran llevado a obedecer; pero el juramento nacional, una vez prestado, hubiese puesto fin a ello, no hubiese reconocido más que la nación. Mis inclinaciones naturales se hallaban entonces en armonía con mis deberes y coincidían magníficamente con toda la metafísica de la Asamblea”.

El 28 de mayo de 1792, volvió de Córcega, donde había comandado un batallón de voluntarios y luchado contra las tropas del rey. Al día siguiente, le escribió a José: “He llegado ayer. París se encuentra en una de las mayores convulsiones. Está inundada de extranjeros y los desconformes son muy numerosos. Hace tres noches que

la ciudad permanece iluminada. Se ha duplicado la Guardia Nacional que había en las Tullerías para custodiar al rey...”. Una última recomendación: “Mantente al lado del general Paoli. Lo puede todo y lo es todo”.

El mismo día –primera lección para el futuro jefe de Estado– asistió a una sesión de la Asamblea Legislativa donde se reencontró con su amigo Bourrienne –su camarada de Brienne que había venido a buscar un lugar en “la diplomacia”–. La amistad se renovó como si se hubieran dejado de ver el día anterior. Ninguno de los dos era hombre de fortuna y parecía que la suerte los había abandonado.

A partir del 30 de mayo ambos amigos se alojaron en el Hotel de Metz, situado en la Rue du Mail. Buonaparte cenaba por ese entonces en la fonda de un mesonero de nombre Justat, quien, a pesar del costo de vida, sólo le pedía seis centavos por comida. Sin llegar a prever la caída de la realeza, sentía que los desórdenes estaban próximos y le escribió a su hermano José: “Las facciones más encarnizadas empujan al país en todos los sentidos. Resulta difícil seguir el curso de tantas facciones diferentes, no sé en qué se convertirá, pero esto está tomando un aspecto muy revolucionario”.

El 20 de junio, Buonaparte no estaba lejos de saber “en qué se convertirá”... Esa mañana, él y Bourrienne se habían dado cita en un restaurante de la Rue Saint-Honoré, no lejos del Palais-Royal. Al salir, vieron llegar del lado de Les Halles, dirigiéndose hacia las Tullerías, una tropa que a Napoleone le pareció que constaba de cinco o seis mil hombres. “Eran andrajosos”, relató Bourrienne, “armados de manera disparatada, vociferando y aullando las provocaciones más groseras... Era, por cierto, lo que la población de las barriadas tenía de más vil y abyecto”.

–Sigamos a esa chusma –le dijo Buonaparte a su amigo.

Lograron adelantarse y se instalaron en la terraza al borde del agua. Desde allí, asistieron a la invasión del castillo por el pueblo de las barriadas. Buonaparte estaba “sorprendido e indignado”. Ese día sus sentimientos se volcaron hacia la realeza. “No comprendía tanta debilidad e indulgencia”, observó Bourrienne. “Pero, cuando el rey se asomó a una de las ventanas que daban al jardín, con el bonete rojo que aca-

baba de encasquetarle en la cabeza un hombre del pueblo, Buonaparte no pudo contener su indignación”. Su amigo le oyó gritar:

–*Che coglione!* ¿Cómo ha podido dejar entrar a esa chusma? ¡Si hubiera barrido a cuatrocientos o quinientos con los cañones, el resto todavía estaría corriendo!

A dos pasos de él había dos curiosos; Napoleone los abordó, gritando:

–¡Si yo fuese rey esto no sucedería!

Uno de esos hombres era el abogado Lavaux, quien más tarde relató el incidente. Había quedado sorprendido por “el tono soldadesco y la tez biliosa” del joven oficial, cuyos ojos brillaban de una manera extraña.

“Los que están a la cabeza son unos pobres hombres”, le escribió a su hermano. Sin embargo, Servan –en una de las últimas acciones del ministro de Guerra de Luis XVI– reintegró, el 10 de julio, al primer teniente Buonaparte al ejército. Más aún, el 30 de julio, once días antes de la caída de la realeza, Lajard –ese mismo ministro que deseaba llevarlo ante una corte marcial debido a su larga ausencia ilegal– le otorgó (sin leerlo, indudablemente) el nombramiento de capitán, fechado el 6 de febrero anterior, lo que le permitió cobrar un apreciable sueldo retroactivo. Con eso, mientras combatía en Ajaccio a los soldados del rey de Francia, el señor de Buonaparte recibía su paga de ese mismo rey... El nombramiento fue firmado por Luis XVI –seguramente una de las últimas firmas del infortunado soberano– y concernía a su futuro sucesor!

No por nada Buonaparte era hijo de su padre: había manejado a la perfección los vericuetos administrativos. No sólo no recibió ningún castigo por haber empleado la espada contra las tropas francesas, sino que se vio recompensado por haber sido inscrito como “ausente irregular” el 1º de enero anterior.

¿Acaso la suerte iba a sonreírle por fin?

En la madrugada del 10 de agosto, al oír el toque de alarma, Napoleone bajó de prisa las escaleras de su hotel de la Rue du Mail y –como se lo relató más tarde a Las Cases– corrió hacia el Carrousel donde vivía el hermano de Bourrienne. En el camino, en la Rue de Pe-

tits-Champs, tropezó “con un grupo horroroso de hombres que se paseaban con una cabeza en una pica”. Como le vieron un “aire de señor” a Buonaparte, se le acercaron para obligarlo a gritar: ¡Viva la Nación!... “Lo que hice sin ningún esfuerzo, como podrán darse cuenta.”

Al llegar al Carrousel, el capitán Buonaparte vio que “la chusma más vil” atacaba el castillo. Si el rey no hubiese tenido a su lado a su familia, tal vez habría permanecido al frente de los que iban a morir por él. “Si Luis XVI se hubiese presentado a caballo, la victoria habría sido suya”, escribió esa noche Napoleone a José. Pero –primeros pasos hacia el cadalso– el rey prefirió seguir el consejo de Roederer de ir a refugiarse –sin grandeza y casi con miedo– en el seno de la Asamblea, que lo entregó dos días después a la Comuna insurrecta de París.

Cuando terminó la batalla, comenzó el pillaje. Mientras arrojaban por la ventana los cuerpos de los suizos asesinados, el joven capitán se aventuró en el jardín. “Jamás”, dijo, “ninguno de mis campos de batalla me dio la impresión de tantos cadáveres como la multitud de suizos”. Toda su vida Napoleón tuvo tanto horror a las masas enardecidas que perdía ante ellas parte de sus facultades –el 19 de brumario entre otros– e incluso, como en 1814 en las rutas de Provenza, dio la impresión de que él también conocía el miedo. Ese último día de la realeza observó, igualmente con asco, a mujeres “bien vestidas entregarse a las mayores indecencias sobre los cadáveres de los Suizos”.

Para tomar aire, entró en uno de los numerosos cafés que pululaban en los alrededores de la Asamblea. Se adivinaba la fermentación que debía reinar en ese día cargado de Historia en que murió la monarquía de tantos siglos de antigüedad. “La irritación” contra la corte que, se decía, disparó contra el pueblo era extrema, y “en todos los rostros se podía ver la cólera”. La cara del joven capitán que sólo reflejaba calma y curiosidad atrajo miradas “hostiles y desconfiadas”. Ese desconocido de extraño porte, mirada sombría, que caminaba a grandes pasos, sólo podía ser un sospechoso...

Después de la destitución del rey, al enterarse del próximo nombramiento de una Convención, Buonaparte estimó que su hermano no podía dejar escapar tal oportunidad: debía presentarse ante la fu-

tura asamblea. Pero José, solo frente a sus adversarios, no sería capaz de llevar a buen puerto su campaña; al menos eso era lo que pensaba Napoleón. Por esa razón, juzgaba que su presencia en Córcega era, una vez más, indispensable, iya que “la patria estaba en peligro”, las fronteras de Francia habían sido invadidas, y los coligados marchaban hacia París! Todavía el señor Buonaparte no se consideraba francés. La violencia sanguinaria de los vencedores de las Tullerías le producía náuseas. El movimiento revolucionario sólo le interesaba en la medida en que podía permitirle desempeñar un papel en su isla. ¡Su ambición no sobrepasaba todavía el campanario de su ciudad natal!

A su llegada a Córcega, Buonaparte asumió el mando de seis compañías de voluntarios con residencia forzosa en Corte, pero que esperaban, en poco tiempo, poder entrar en combate. Después del 20 de abril de 1791, Francia estaba en guerra, en efecto, “contra los reyes”. Con Luis XVI en el Temple, el Consejo ejecutivo provisorio había decidido llevar a cabo una campaña militar contra el rey Víctor Amadeo de Saboya. Mientras el ejército de los Alpes invadía el Piamonte, se efectuaría un descenso en Cerdeña, donde seguramente encontrarían ganado, trigo y vino.

Durante ese tiempo, en París, en la Plaza de la Revolución, la cabeza de Luis XVI rodaba en el cadalso...

La expedición fue un fracaso y Buonaparte se lanzó a la política local. Intentó sin éxito atraer a Paoli a Francia.

Por otra parte, todo era confusión en la isla de Beauté. Paolistas, partidarios de la independencia o francófilos continuaban enfrentándose. Los primeros tenían, por el momento, la ventaja. Napoleone eligió esta vez la causa francesa. Con la ayuda de las tropas republicanas acuarteladas en la capital corsa, intentó, en vano, retomar la ciudadela de Ajaccio ocupada entonces por los paolistas.

Para estos últimos, el capitán Buonaparte se había transformado en un hombre al que era necesario matar. El 3 de mayo de 1793, Napoleone tuvo que abandonar precipitadamente la ciudad: los paolistas se arrojaron sobre él al grito de:

–A morte le traditore de la patria!

El “traditore”, después de esconderse en una gruta, llegó tres días más tarde a Ajaccio, donde se ocultó detrás de una alcoba. Escapó, así, a una pesquisa efectuada por gendarmes que se habían vuelto partidarios de Paoli y, en consecuencia, antifranceses.

El 8 de mayo, una góndola lo llevó a Bastia, donde se encontró, al día siguiente, con los comisarios de la Convención, Salicetti y Lacombe-Saint-Michel, enviados a Córcega con el fin de averiguar los planes de Paoli. Buonaparte los puso al corriente de la situación y se decidió que las tropas francesas marchasen sobre Ajaccio.

El 23 de mayo, cuatrocientos hombres y algunas escasas piezas de artillería se amontonaron en el barco *Hasard* y en la corbeta *La Belette*. A la misma hora en que los buques dejaban Bastia, la casa de la calle Malerba fue saqueada por campesinos paolistas bajados de las montañas. La casa resultó pillada y quemada en parte, los viñedos y los rebaños que poseía la familia en los alrededores de la ciudad fueron destruidos y saqueados. Se votó por unanimidad una moción que desterró del país “a esos Buonaparte nacidos en el fango del despotismo”.

El 31 de mayo de 1793, la corbeta y el barco que transportaban “la expedición”, con los comisarios y José Buonaparte a la cabeza, entraron en el golfo de Ajaccio, bajo el fuego de la ciudadela. Napoleone Buonaparte, embarcado en un pesquero, se puso al frente de la flotilla. Al llegar no lejos de Ajaccio, a la altura de la torre de Capitello, advirtió en la orilla a un grupo de refugiados, que, a la vista de la bandera tricolor que flameaba en la popa, hicieron señales de socorro. Napoleone, llevado por una especie de presentimiento, se dirigió hacia la costa y descubrió a la señora Letizia y sus hijos. Habían sido expulsados de Ajaccio el 23, y luego habían pasado a la clandestinidad. Buonaparte, al anochecer, los embarcó a bordo del pesquero, que recibió la orden de transportar a la madre a Calvi. En cuanto a él, fue a reunirse con las tropas que se alistaban para intentar un desembarco.

La operación finalizó al día siguiente con un fracaso. Sólo treinta republicanos se aliaron con los comisarios de la Convención. El 2 de junio, Buonaparte llegó a Calvi a caballo y decidió dejar la isla para

reunirse con su regimiento. En siete años y medio de servicio, sólo había pasado treinta meses con su cuerpo.

El 3 de junio, con todos los suyos, se embarcó para Tolón. No volvería a ver Córcega hasta su vuelta de la campaña de Egipto.

Esta vez –y para siempre– Napoleone había elegido a Francia.

